

SÁENZ-LÓPEZ PÉREZ, Sandra, *Los mapas de los Beatos: la revelación del mundo en la Edad Media*, Burgos, Gil de Siloé, 2014, 350 pp., 136 figuras en color, ISBN: 978-84-941991-0-3.

Esta obra es producto de la Tesis Doctoral que, con un planteamiento más amplio (*Imagen y conocimiento del mundo en la Edad Media a través de la cartografía hispana*), fue defendida por su autora en 2007 en el Departamento de Historia del Arte I (Medieval) de la Universidad Complutense de Madrid. Entre los muchísimos méritos que cabe reconocer a esta obra está, en primer lugar, el de haber sabido desprenderse de la extensión y de la rigidez que, en ocasiones, tienen los trabajos estrictamente académicos, creando, de esta manera, algo diferente: un libro que, recurriendo a un planteamiento claro y a un lenguaje adecuado, expone, propone, sugiere... y, en definitiva, enseña e interesa. Para ello Sandra Sáenz-López no ha tenido que renunciar, en absoluto, al rigor científico, patente en la bibliografía que emplea, con una destacadísima presencia internacional (acorde con la inserción de la autora en aquella corriente historiográfica que entiende el estudio de los mapas antiguos no solo como una mera cuestión de saber geográfico y cartográfico, sino también como algo relevante desde el punto de vista histórico-artístico).

El objeto de estudio de este libro son los *mappaemundi* incluidos en las copias iluminadas del *Comentario al Apocalipsis* de Beato de Liébana elaborados entre los siglos VIII y XIII en los territorios hispánicos. La presencia de una imagen de estas características en una obra de esta naturaleza, cuya finalidad, recordémoslo, era hacer inteligible el controvertido libro que cierra el Nuevo Testamento, se justifica por la

necesidad de ilustrar el pasaje sobre la *missio Apostolorum* incluido en el prólogo del libro II. Por eso es por lo que estuvo presente ya a finales del siglo VIII en la versiones iniciales de la obra de Beato, hoy perdidas. En la actualidad, catorce manuscritos producidos entre los siglos X y XIII conservan en todo o en parte este mapamundi, a los cuales hay que añadir otros dos mapamundis que pertenecen a la misma tradición: uno incluido en un códice misceláneo de la Biblioteca Ambrosiana, originario, acaso, de Oña, y uno pintado en las paredes del monasterio de San Pedro de Rocas (Orense).

Teniendo como objeto de estudio este *corpus* de dieciséis mapamundis, Sáenz-López se interesa por cuestiones como su especificidad, su evolución, sus fuentes... o por cómo se relacionan estos mapamundis con la dinámica de familias establecida para la tradición textual e iconográfica de los Beatos. Dada su extraordinaria relevancia para la cultura artística de la Edad Media, estos manuscritos y sus mapamundis disponen ya de importantes estudios, que la autora tiene en cuenta y discute, entre los que destacan, especialmente, los de Konrad Miller o de Gonzalo Menéndez-Pidal (o, con carácter general, los de Wilhelm Neuss, de Peter K. Klein o de John Williams, cuyo reciente fallecimiento nos entristece).

La autora hace una presentación del personaje de Beato de Liébana y de su comentario, haciendo especial hincapié en aquellas copias del mismo que conservan el mapamundi. Estudia, a continuación, los aspectos específicos de esta imagen cartográfica, lo cual exige una previa presentación de los tipos de mapas existentes a lo largo de la Alta y de la Plena Edad Media. Sáenz-López rechaza que los mapamundis de los Beatos sean una propuesta a medio camino entre los mapas tripartitos (modelo que, a nivel esquemático, aparece, asimismo, en algunos Beatos para acompañar las tablas de la genealogía de Cristo) y los mapas zonales, destacando su personalidad, en la que llama la atención la presencia de una cuarta parte del mundo al sur de la ecúmene (pp. 67-68). Sáenz-López coteja, a continuación, los mapamundis que se conservan con las distintas familias de Beatos, apreciando que existe una relación. Es más, el estudio de los mapamundis que se conservan le sirve para entrar en el debate sobre el *stemma* de los Beatos, afirmando que la familia IIb no deriva de la familia IIa, sino que una y otra derivan de manera independiente de la nueva edición que del códice de Beato se realizó ca. 940, estando la familia IIa más próxima al prototipo de esta versión póstuma y definitiva del *Comentario al Apocalipsis* (pp. 101-106).

A partir de este momento, Sáenz-López analiza, en capítulos sucesivos, los aspectos de detalle de los mapamundis de los Beatos. Todo mapamundi medieval, antes que una mera imagen cartográfica, es una pieza que refleja una cierta concepción del mundo y un cierto conocimiento del mismo, bien sea a través de la experiencia directa o, con más frecuencia, a través de fuentes secundarias, textuales y/o visuales. Por eso es por lo que todo mapamundi medieval es una enciclopedia, compilada en función de los conocimientos e intereses de sus autores. De hecho, Sáenz-López destaca cómo, en el caso de los Beatos, sus mapamundis, aun compartiendo una serie de características generales propias de sus prototipos, podían dar cabida a inquietudes particulares del autor, del *scriptorium*, del autor o del destinatario del manuscrito más fácilmente

que otras ilustraciones del códice, cuyo estricto contenido teológico se prestaba menos a la manipulación (pp. 280-282).

Los mapamundis de los Beatos, sin caer en los excesos de los mapamundis ingleses, ofrecen una gran cantidad de información que la autora sistematiza en lo que en términos modernos llamaríamos Geografía Física, escenario, ante todo, de una realidad religiosa más allá de la cual se sitúan las tierras fantásticas que se intuyen y que fascinan, y en lo que en términos modernos llamaríamos Geografía Humana, que se concreta en el análisis de regiones, de provincias y de ciudades. La interpretación de cada elemento requiere un profundo conocimiento de fuentes antiguas, paganas y cristianas. Algunos detalles requerirían, quizás, mayor explicación, como la confusa noción que se tiene de la cristianísima Etiopía, que la hace acreedora a figurar entre las tierras fantásticas (pp. 224-227), o como la ubicación de Belén en Galilea (p. 238). Ciertamente, la expansión del Islam aisló a Etiopía del resto de la Cristiandad, pero su conversión, que está en la base de ciertas tradiciones legendarias especialmente características de la Edad Media, fue conocida ya por autores antiguos como Rufino de Aquileia.

Llama la atención el manto de silencio que los mapamundis de los Beatos tienen sobre el Islam (con la excepción del mapamundi del *Beato de Saint-Sever*). En este punto, la autora se posiciona en contra del criterio de Carlos Cid y de Serafin Moralejo, que entendieron el topónimo *Spania* como equivalente a al-Andalus (p. 242). Los mapamundis de los Beatos muestran, por el contrario, un orbe cristiano, haciendo hincapié en los avances de la Reconquista (por eso es por lo que la autora cree que la incorporación de Toledo, que aparece por vez primera en el *Beato de El Burgo de Osma*, o de Sevilla, que aparece por vez primera en el *Beato de San Andrés de Arroyo*, son reflejo de la reciente reconquista de estas ciudades).

Concluye la autora subrayando la importancia y la especificidad de los mapamundis de los Beatos e indagando en las características y en la evolución de su prototipo original, esto es, de aquel mapamundi que Beato de Liébana incluyó en las primeras versiones de su *Comentario al Apocalipsis* allá por 776 y 784. En este sentido se inclina, de acuerdo con Peter K. Klein, por considerar el mapamundi del *Beato de Lorvão* como el más próximo al prototipo original y por estimar que este se definió sobre una base romana e isidoriana, adaptada a los fines específicos del texto de Beato de Liébana (esto es, ilustrar la *missio Apostolorum*). La posterior evolución de su obra condujo a presentar su mapamundi no tanto como el escenario de la predicación apostólica como “la imagen utópica del mundo en el que el cristianismo triunfa” (p. 281).

Si extraordinario resulta el trabajo de Sandra Sáenz-López por su claridad, por su rigor, por su amplitud... no menos encomiable resulta el trabajo de sus editores, que han reunido no solo la reproducción de los dieciséis mapamundis del *corpus* objeto de estudio, sino también una gran cantidad de material de referencia que permite cotejar cada uno de los asertos de la autora, habiendo arbitrado para ello un sistema ágil de citas visuales que permite manejar con facilidad el estudio. Cuando uno se enfrenta a

ilustraciones de esta riqueza de información, siempre quiere más, pero, ciertamente, no se puede pedir más.

Fernando GUTIÉRREZ BAÑOS
Universidad de Valladolid